

Evangelio del domingo: la belleza del amor fiel

Comentario al Evangelio del 27º domingo del tiempo ordinario (Ciclo B). “Por la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto”. El secreto de esta vida no es que seamos perfectos, fuertes, simpáticos, sin defectos. El secreto de la vida es llegar a ser amados en nuestra debilidad y fragilidad y amar al otro en su debilidad y fragilidad. Es poder decir: soy fiel a la persona a la que amo.

Evangelio (Mc 10, 2-16)

Se acercaron entonces unos fariseos que le preguntaban, para tentarle, si le es lícito al marido repudiar a la mujer.

Él les respondió: —¿Qué os mandó Moisés?

Moisés permitió escribir el libelo de repudio y despedirla —dijeron ellos.

Pero Jesús les dijo: —Por la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto. Pero en el principio de la creación los hizo hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Una vez en la casa, sus discípulos volvieron a preguntarle sobre esto.

Y les dijo: —Cualquiera que repudie a su mujer y se case con otra, comete

adulterio contra aquélla; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.

Le presentaban unos niños para que los tomara en sus brazos; pero los discípulos les reñían.

Al verlo Jesús se enfadó y les dijo: — Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo: quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él.

Y abrazándolos, los bendecía imponiéndoles las manos.

Comentario al Evangelio

En este evangelio, Jesucristo aprovecha una pregunta capciosa de los fariseos para hablar del estatuto

íntimo de toda relación: el amor que se entrega, que se dona, que da vida.

Le preguntan si, tal y como está dicho en la Escritura, un hombre puede repudiar a su mujer.

Jesucristo les mostrará otro camino, otra lógica. El camino y la lógica de las cosas divinas.

El punto de partida es una pregunta sobre la licitud: ¿es lícito o no lo es? Ahora bien, esa pregunta, en el ámbito del amor, es una pregunta mediocre. La lógica de lo lícito o ilícito es la lógica de lo que se puede hacer o no, la lógica de los derechos y deberes, la lógica de los límites de la acción de uno y de la acción del otro, la lógica, en el fondo, de la propia afirmación personal. Y esa lógica llena de tristeza el corazón, lo endurece. Podemos hacer cientos de actos lícitos y, sin embargo, que estén vacíos de amor.

La lógica divina es otra. Está más allá de la lógica humana de los fariseos. Porque el amor va más allá de lo debido.

Nadie que se enamora le dice a la otra persona: “contigo podré cumplir lo que es lícito y evitar lo que es ilícito”. Ese amor muere. Porque el amor requiere el encuentro, compartir la intimidad, abrazar las debilidades y fragilidades del otro, perdonarse, descubrir la belleza de la persona amada, ser fecundos, soñar juntos, ...

Cuando uno se queda en la lógica de esto se puede hacer, esto no; cuando nos cerramos a la novedad, nos cerramos al amor. Ya no hay relación de amor, sino relación de interés.

Jesucristo propone una nueva perspectiva: nos habla del principio de la creación, del proyecto de Dios. Hay un diseño de vida y belleza para nuestras vidas.

Si uno vive la vida, la relación con Dios y con los demás, reducido a lo que es lícito o ilícito, la vive de modo frío y estático. Si, en cambio, la vive sabiendo que Dios la está mirando con admiración, uno se dará cuenta de que Dios forma parte de la propia historia, de que quiere vivir la vida de cada uno desde el amor.

Si uno sabe que Dios le está mirando con admiración, se dará cuenta de que los defectos del otro (marido, mujer, hijos, hermanos, amigos, ...) forman parte de la propia aventura para aprender el arte de amar, el arte de asemejarse a Jesús.

¿Cuándo hay que amar al otro? ¿Sólo cuando es perfecto, sin defectos, simpático, puntual, útil; o más bien, cuando es débil, frágil, pobre y se equivoca?

Todos estamos llamados a relaciones de fidelidad, relaciones donde tendremos siempre millones de

excusas para repudiar al otro
(marido, mujer, hijos, hermanos,
familiares, amigos, compañeros, ...).

Pero, si el otro solamente tiene
derecho al amor cuando se lo
merece, entonces uno no sabe amar,
tiene un corazón de piedra,
endurecido. En ese corazón no está la
imagen esplendorosa de Dios. Está
ofuscada, escondida.

Y para entender esto es preciso
aprender el arte de la pequeñez y de
la debilidad, el arte de ser como
niños. La segunda parte del
evangelio no está ahí por casualidad.

Amar de verdad, requiere estar en la
vida como los niños, como quienes
tienen siempre algo nuevo que
aprender. Aprender de las
dificultades, de las tribulaciones, de
las desilusiones.

Si el otro está en función de nuestra
propia realización, de lo que debe, de

lo que sirve; el otro siempre será insuficiente. Por el contrario, si uno percibe esa mirada de Dios sobre uno y sobre los demás, querrá aprender de esa mirada cada día: como un niño aprende de la mirada amorosa de sus padres.

El secreto de esta vida no es que seamos perfectos, fuertes, simpáticos, sin defectos. El secreto de la vida es llegar a ser amados en nuestra debilidad y fragilidad y amar al otro en su debilidad y fragilidad. Es poder decir: soy fiel a la persona a la que amo.

Y Jesucristo siempre viene en ayuda de nuestra debilidad. No hay ninguna relación que no esté llamada a experimentar la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo: la capacidad de perderse a sí mismo para ganar al otro, para dar vida al otro, para darse al otro en todas las situaciones. Nuestra grandeza inicia

cuando, en Jesucristo, nos perdemos por amor, cuando nos atrevemos a entrar en su lógica de la eternidad, de la donación, de la entrega.

Luis Cruz / Photo: Pablo Heimplatz - Unsplash

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://dev.opusdei.org/es-ec/gospel/evangelio-domingo-vigesimoseptimo-ordinario-ciclo-b/> (10/08/2025)